REPÚBLICA DE HONDURAS. AMÉRICA CENTRAL.

EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR:—F. TURCIOS.

Colaboradores activos: LUCILA GAMERO, J. A. DOMINGUEZ, ENRIQUE PINEL.

SERIE I.ª | TEGUCIGALPA: SÁBADO 21 DE JULIO DE 1894. | NUM 5.º

SEMBLANZAS.

I.

MUNDITA ZÚNIGA.

Ya he cantado en versos y en prosa los peregrinos encantos de su belleza real....Es la virgen americana, la encantadora parisiense, la reina de los salones elegantes. Ella trajo de Francia el esprit inimitable, el gusto exquisito de la suprema simpatía, el aire y el perfume de la aristocracia.

Es su talle un perfecto modelo: su apolínea cabeza escultórica se levanta sobre un delicado cuello de mármol-rosa, de lineamientos purísimos; y en toda su figura y en la armonía de su paso se advierte ese delicioso contraste entre la majestad soberana de una reina y la inocente travesura de la colegiala.

La frente alabastrina y pensativa, santuario de blancos pensamientos: los ojos negros y soñadores, las manos hechas de jazmines ligeramente sonrosados, el conjunto que admiraría á un artista italiano, unido á su chispeante inteligencia y á su gracia sin rival hacen de la bella francesita el sol de la corte de la hermosura hondureña.

II.

LUISA MARTÍNEZ.

Tiene el talante enloquecedor de una princesa. Inspira un sentimiento de sincera admiración; ese poder que ejerce la belleza sobre el alma en que palpita la impresión artística. Vestida de negro, con su blancura de lirio, la tomárais en una noche de luna por la pálida novia ideal del poeta visionario, soñador de imposibles: por una aparición vaporosa, intangible, que se desvanecerá como el primer ensueño de amor cuando queráis formaros idea de la vaguedad de sus contornos. Con un traje azul, entre las armonías del piano que solloza y canta, la creerías el ángel de la hermosura, envuelto en un jirón de cielo. Su semblante, regiamente bello, coronado por una cabellera castaña lo formaron las camelias y las flores del granado y sus ojos soberanos le dan la expresion de la inteligencia y la ternura ocultas por el velo del misterio. Bien por ese sublime ejemplar de la belleza patria, por esa adorable virgen pálida!

III.

LUISA BERHNARD.

Esa que veis pasar airosa y esbelta, la mano pequeñuela sobre la blanca falda de encajes, risueña y linda como una gaditana, esa es Lulú!

La diosa simpatía la mimó con sus caricias lánguidas, sellando su rostro con su gracia conquistadora y triunfal. Le

dió expresión extraña y celeste á su mirada, dulzura á su voz angélica, sonoro acento á su carcajada musical que vibra con notas argentinas y se apaga en arrullo de nido en el precioso rubí de su boca diminuta.

Mi amiga Lucila Gamero la llamó virgen del Rhin al figurársela ideal de un soñador del país de las baladas; pero más que á las rubias pálidas que ha cantado Heine, la creo virgencita andaluza, divinizada en los cantos del bardo español.

Cuando os encontréis con una niña airosa y esbelta, de simpática faz, risueña y linda.....descubríos con el respeto sagrado que impone la belleza, que esa es Lulú!

F. TURCIOS.

18 de julio de 1894.

A una violeta.

I.

Bella flor azul! si en tu cáliz perfumado atesoras un mundo de poesía y de ternura, ¿por qué estás pálida y triste? ¿Por qué te inclinas hacia la tierra y ocultas entre las verdes hojas tu fragancia y tu dulzura?

¡Oh mi bella flor! suave recuerdo de perdida felicidad! Tu melancólica pureza, tu tranquila modestia, tu hermosura ideal y tu perfume delicado llenan mi alma de grata, apacible y romántica tristeza. Sabes por qué es, violeta mía?

II

Bella flor azul! casta y dulce mensajera! Ella debe amarte como yo te amo, porque siendo como es, tan modesta y sensible, es imposible que no admire conmigo tu pura belleza, tu azul corola, tu perfume celestial.

Y puesto que otras veces le has llevado, con el afecto de mi alma, toda la ternura que en el papel puede encerrarse, llévale ahora ¡triste flor querida! todos los recuerdos que mi memoria consagra á su amistad. Lo harás así, violeta mía?

LEONOR.

Un Carácter.

A ERNESTINA GALINDO.

Amistad y cariño.
LUCILA GAMERO MONCADA.

(Continúa.)

II.

Ella había dicho á su íntima amiga Hortensia, hablando de Adolfo:

—Yo lo dominaré.

Y esa noche pensaba hacerlo, esa noche que con motivo del cumpleaños de su madre, había alegre reunión en su casa.

Estaba bellísima Amelia, envuelta en sedas y encajes: su cuerpo sumamente elegante, y su actitud altiva y graciosa le daban aire de sultancita. Repartía, con suma gracia, á las señoritas, cariñosos abrazos, y á los caballeros encantadoras sonrisas; pero sonrisas que llevaban el sello de su boca finísima y ligeramente burlona.

Todos los elegantes habían ido á doblar la rodilla ante la señorita Gámez, y la tenían asediada con vulgares galanteos. Ella, así que se vió libre de ellos, fué á sentarse al lado de su amiga Hortensia. Estaba triste y parecía que algo la preocupaba.

—¿Has visto á Adolfo?—preguntóle á su amiga.

—Sí, contestó ésta.

—¿Dónde está?

—En la otra pieza, con tu madre.

—¿Por qué no habrá venido á saludarme?

—Teme tus burlas....¡Te ama tanto!

—No, Hortensia, no me ama,—dijo Amelia con abatimiento—si me amara estaría cerca de mí.

—¿A pesar del desdén con que lo tratas?

—A pesar de eso.

Y esa era la firme creencia de la señorita Gámez.

—¿Y qué quieres que haga Adolfo?

—Que venga á rendirme respetuoso homenaje.

—¿Y si no viene?

—Vendrá, Hortensia, vendrá.

—¿Y para qué quieres que venga?

—Par humillarlo.

—Eres inflexible, amiga mía.

—Estoy acostumbrada á hacer mi gusto en todo.

—¡Pobre Adolfo!

—Quiero, pero con verdadero querer, que Adolfo me ame; que no pueda vivir sin mí, y que venga á decírmelo humildemente.

—Y entonces ¿qué harías tú?

—No sé lo que haría; pero estoy segura que al arrojarlo de mi lado sentiría cierta alegría mezclada de profundo pesar.

—¿Lo amas?

La señorita Gámez dijo tranquilamente:

—No sé lo que es amar.

—¡Amelia!

—Basta, Hortensia; ven, vamos á buscar ese abogadito, porque él, según dices tú, me tiene un miedo cerval, y no vendrá.

Adolfo, sin darse cuenta de ello, había herido el indomable orgullo de su amada.

La señorita Gámez se dirigió á la pieza donde estaba Cuéllar, y durante largo rato le dió las espaldas con suma indiferencia. Después, dejó caer su abanico en la alfombra; y al volverse, para recibirlo de manos de un amigo, fijóse en Adolfo que, como siempre, la miraba.

—¡Ah! ¿Es Ud., señor Cuéllar? Dispénseme que no lo haya saludado antes; creía que Ud. no nos había favorecido con su presencia esta noche, porque no había tenido el honor de verlo antes.

Y recalcó estas últimas palabras con arrogante altivez.

Adolfo, pálido de emoción, se puso de pie:

—Señorita, perdóneme Ud.: estaba Ud. tan ocupada con sus amigos, que no me atreví á ir á distraerla.

—Es Ud. muy amable.

—No tanto como deseara serlo con Ud, señorita.

—¡Ah!.... Pero dígame ¿por qué no ha ido Ud. al salón de baile? No siempre he estado yo allí.

—¿Ud. piensa, señorita, que Ud. es la causa de que no haya ido yo al salón?

—Yo no tengo interés en saber los motivos que Ud. tiene para estar algo retraído, y por esa causa no he pensado en lo que Ud. me pregunta—exclamó ella con acento burlón.

—Yo sé demasiado que á Ud. no le interesa nada mío; y le ruego dispensarme que le haya hecho esa pregunta—contestó él, con tal acento de altivez, que Amelia se quedó turbada.

Pero el joven abandonó luego aquella altivez para quedar triste y abatido: estaba desesperado y quería arrojarse á los pies de Amelia y decirle:

—"¡Búrlate de mí, mátame; pero te amo!"

Y ya le parecía oir la fría carcajada, el amargo desprecio con que la joven acogía su declaración amorosa.

Amelia sintió algo de las tristezas de Adolfo y le dijo:

—Hágame el favor de acompañarme al salón: es preciso que Ud. esté contento para que no desacredite la reunión.

Y por primera vez le sonrió con su sonrisa de ángel.

Las palabras de Amelia causaron íntimo placer á Adolfo, quien contestó, olvidando sus enojos:

—Ud. me honra mucho, señorita; la acompañaré con verdadero placer.

Y el suave perfume de la mujer amada le daba vértigo, y el contacto delicioso del brazo de ella en el suyo, le producía embriaguez amorosa.

¿Era aquello un sueño? Amelia le había sonreído....¡y qué sonrisa la suya!....Sus ojos, como agobiados de tristeza, lo estuvieron viendo largo rato....¡y qué mirar aquel!

Las dulces armonías musicales completaron el encanto de aquel idilio mudo y amoroso.

Sin saber cómo, Amelia encontróse bailando con Adolfo; él la oprimía con ternura, y ella parecía estar satisfecha, hasta que Hortensia le dijo muy quedo:

—Creo que él ha sido quien te ha conquistado.

Amelia se puso colorada: era verdad; ella lo había llevado al salón....Sintió vergüenza de sí misma: debía ser la Amelia despreciativa, la Amelia de siempre.

—Dispénseme Ud., Adolfo; pero estoy cansada.

—¿Quiére Ud. descansar?

—Sí.

—¿A d nde quiere Ud. que la lleve?

—A la otra pieza.

Y los dos se fueron á sentar cerca de un balcón, donde soplaba viento fresco y agradable.

—¡Qué dulce me parece la vida, Amelia; nunca he sido tan feliz como hoy!

—A mí me sucede lo mismo: esa música tan buena y sentimental nos hace soñar cosas celestiales.

—Sin embargo, á mí no es la música la que me ha hecho feliz.

—Sea lo que fuere, mucho me alegra haber conseguido mi objeto.

—¿Su objeto?

—Sí: ver á Ud. contento. Cuando estaba Ud. al lado de mi madre tenía Ud. una cara tan lánguida que....

Y sin concluir la frase se echó á reir mirándolo con una de sus miradas duras como el mármol y frías como la nieve

Adolfo estaba desconcertado: acababa de vislumbrar la felicidad, y veía otra vez abrirse á sus pies el abismo que ya creía salvado...

L. G. M.

(*Continuará.*)

Pastora.

Es de mi pueblo. Pequeñita y morena, tiene su cuerpo proporcionado á su estatura. Su cabello entre castaño y negro es ensortijado y se peina de tal manera que ciñe á su frente, con sus trenzas, una magnífica diadema. Frente oval que descansa sobre unas cejas finas y un poco arqueadas, ojos de dulce mirar, de color indefinible, pues varía entre el verde y el azul. Ora su mirada es profunda ó picaresca ó lánguida. Nariz pequeña y recta, cuyas alas movibles se prolongan un poco hacia los carrillos. Tiene una boca algo más grande de lo que sería justo, cuyos labios, un poco pálidos, son delgados, y á primera vista no prometen nada; pero sonríen y por su abertura se miran dos sartas de pequeñas, blancas y lucientes perlas, tan parejas y limpias como las del collar de una reina. El óvalo de su rostro casi perfecto termina en una barbilla carnosa y algo aguda. Su cuello, fino y elegante, va rodeado de un collar de cuentas que imitan el coral. Viste una camisa blanca y descotada que permite ver el nacimiento de un eburneo seno, tan precioso que parece haber sido modelado en el copa de que se valió Vulcano para formar el de Hebe. Sus brazos torneados y desnudos terminan en una pequeña mano de duquesa que no se limpiase las uñas. Las enaguas negras, algo cortas, dejan ver unos piesecitos descalzos y limpios, de una corrección de líneas asombrosa.

Tal es Pastora, un diablillo del pueblo que hace enloquecer á todos los jóvenes de su lugar, entre los que tiene su novio. Miradla cuando está con él. Le abraza con todas sus fuerzas y le besa en la boca con una voluptuosidad inmensa. Aquellos labios que no prometían nada, vedlos ahora! Oprimen con una gran fuerza, se abren y palpitan y los dientes finísimos muerden como con rabia los labios de su amante: en este beso su lengua puntiaguda y sonrosada juega un gran papel. La mirada de Pastora entonces es vaga, su pupila mira el infinito y la coloración de sus ojos se asemeja á la del tigre. Decid ahora que los labios delgados no sirven para el beso y dad la supremacía á los abultados! Mas en el momento supremo de ese beso es que ha puesto toda su alma y todos sus sentidos y en que las mórbidas formas se estremecen como al contacto de una batería eléctrica, y en que la oscilación de su seno es acelerada, figuraos que es sosprendida por su familia. Como por encanto toda aquella excitación desaparece, todo vuelve á su primitivo estado, su respiración es normal y sus labios no tiemblan para, con voz argentina, dar la excusa necesaria. Baja entonces los párpados púdicamente, y más que una Bacante parece entonces una de las sacerdotisas del templo de Vesta. Fiaos de la pureza de estas vírgenes!

FAUSTO.

Julio 15 de 1894.

A una amiga

EN SU CUMPLEAÑOS.

Querida amiga:

Hoy, al pensar que era día de tu natal, me

contristé, sin duda porque nada tenía que ofrecerte; pero irresistible á las exigencias de mi cariño, busqué, dentro de mí, algo que fuera su fiel trasunto: de ello surgieron las presentes líneas.

Habría deseado expresarte mis pobres pensamientos, mis oblaciones, mi admiración, en notas de lira arrobadora; pero ni Dios brindó á mi alma la sublime inspiración del que amoroso canta, ni á tu corazón tampoco la indulgencia para escuchar, en vez de arpegios y melodías, el ruido de las hojas de verano.

Un año más tienes avanzado en tu paso por este mar de la vida. ¡Qué feliz eres! Aun no has sentido los rigores de tu estío. Tus años se han deslizado como las blancas perlas del invierno en las superficies que el sol dora. Sin duda el cielo te ha concedido un oasis en medio de la aridez del mundo.

Hoja tierna que vistes un árbol de tu soto, no te arranca el furor del huracán. ¿Te marchitarán los años algún día?....No importa. Hay hojas que aun secas, limpias penden de su tallo.

Tu advenimiento celebras hoy, como el instante en que la adelfa abre sus pétalos para recoger su luz

Quizá me preguntes por la vida, porque aun no la comprendes. Y ¿qué te puede decir la arena de un desierto?

¡Imposible! Mi mente no responde.

Misterios que el alma guarda, me dirás, cuitas de amor de un corazón herido, piélagos de lágrimas de cruel dolor. ¡Quién sabe!

Piélagos de lágrimas ¡ah! y lágrimas son los ayes del placer, los ayes del sufrimiento.

Canta el ave en los bosques al fulgor de una mañana, y el eco placentero de sus cantares resuena, cual lírica cuerda que vibra, en el alma que sueña en la inmensidad de su gloria. Tierna y quejosa también suspira ante el sudario que cubre la tarde de su destino. ¡Oh sublimes ficciones del mundo!

Tal vez á la luz de nuestra aurora, vemos desprenderse, cual finos hilos de escarcha, esperanzas que acarician, que convidan, que seducen y que aun más allá de lo palpable, forman el sagrario de nuestro corazón que se agita, de nuestra alma que enamora. Otras veces ¡ay! juguetes del infortunio, secretos de la Naturaleza que guarda en su seno, sufrimos, lloramos lágrimas de sangre al despertar de una ilusión, de una gloria que no existe, de un futuro que no promete, de dos almas que se aman, que se confunden en confusión celeste, y es mentira, locura, delirio, fatuidad de una fantasía que eleva sus ficciones, cual espirales de humo sagrado, á las regiones de los ángeles, á las regiones de Dios.

La vida es sueño, dice el poeta; pero qué sueño, sueño horrible, tenebroso para el ser atómico que se pierde en la adversidad, en el incalculable océano de la miseria, en el infierno del martirio; sueño de poeta que forja en su imaginación brillante miriadas de seres que iluminan el santuario de nuestra alma; sueño de poeta que en lucidez mahomética se imagina un cielo de *luz divina*, mansión de huríes de color de rosa.

La vida ¡imposible! amiga mía No es la sublime creación del poeta que, cual el canto primaveral del ruiseñor, lleno de eternas melodías, hiende los solitarios bosques, no es el fúnebre lamento del desgraciado, del miserable, del paria que espera y no ve su redención; no es el hálito envenenado del poderoso, del rico que alegremente contempla la opulencia y encantos de su regio alcázar. Ah! quién, con mano maestra, pudiera mostrar la realidad, la eterna realidad de la vida, presentar sus delicias ó describir sus amarguras. ¡Oh cuadros trágicos del mundo! Oh misterios de la vida!

Cuantas veces hechizados de contento, entretenidos en coloquios admirables, iluminados por reflejos diamantinos, sentimos de improviso, agudísimas sensaciones, vemos cambiarse el diáfano horizonte de nuestra existencia por la espesa oscuridad de un abismo. Y sin embargo queremos vivir.

Sin duda en esa fatídica lucha del placer contra el dolor, me dirás, existe algo que endulza nuestro ser y algo que lo amarga; algo que nos quema y deshace el corazón; pero ¡infelices! no obstante, nos agrada.

Sí: tal es el mundo, tal es la vida. Si alguna vez nos concediera el cielo vivir sin padecer.

MANUEL S. LÓPEZ.

Una viuda.

—

Estamos en la época de la caza, en el castillo de Benneville.

El otoño era lluvioso y triste, y el bosque estaba húmedo como una sala de baños, hasta el punto de que los cazadores regresaban por la tarde al castillo empapados de agua y rendidos de fatiga.

Después de comer, se jugaba á la lotería en la sala principal y á veces se referían curiosas historias.

Los cazadores narraban sus aventuras cinegéticas, sin que las mujeres descubriesen en sus relatos rasgos alguno de imaginación que lograra distraerlas ni divertirlas.

Cierta noche iban dos contertulios á renunciar á este pasatiempo, cuando una joven, al dar la mano á una anciana que había permanecido soltera, reparó en una sortija de pelo rubio que ésta llevaba en uno de sus dedos.

—Dime, tía—la pregunto—¿qué anillo es ese que llevas? El pelo parece de un niño.

La solterona se puso encarnada y luego pálida.

—Evoca en mí—exclamó—un recuerdo tristísimo, del que no quiero hablar. Toda la desventura de mi vida, procede del hecho á que se refiere esta sortija.

Los concurrentes quisieron conocer la historia; pero la tía se negaba á contarla. Tanto la rogaron, sin embargo, que al fin se decidió.

—Me han oído ustedes hablar muchas veces—dijo—de la familia de Santeze extinguida ya.

He conocido á los tres últimos varones de esta casa, los cuales han muerto del mismo modo. Este pelo es el del mejor de ellos, un muchacho de trece años que se mató por mí. El caso les parece á ustedes singular, ¿no es cierto?

Era aquella raza especial, una raza de locos, si se quiere; pero de locos encantadores, de locos por amor.

Entre la parentela solía decirse: "Enamorado como un Santeze;" porque todos ellos estaban poseídos de violentas pasiones y, por una mujer, veíanse arrastrados hasta el crimen.

El abuelo de éste, cuyo recuerdo llevo en mi mano, se enamoró á los sesenta y cinco años de la hija de una de sus colonos, que se fugó con un tal Gradelle, invitado á una partida de caza.

Al día siguiente fué encontrado Mr. Santeze ahorcado en un patio de su casa.

Su hijo murió del mismo modo en París, después de haber sido engañado por una bailarina.

El infeliz dejó un niño de doce años y una viuda, la hermana de mi madre, los cuales vinieron á residir con mi padre en nuestro castillo de Bertillón. Tenía yo entonces diez y siete años.

Mi primo era un niño soñador y en extremo precoz. Paseábase solo durante horas enteras por el sendero que va desde el bosque, y yo contemplaba desde mi ventana á aquella criatura sentimental, que andaba con paso sosegado y la frente inclinada, como un hombre á quien le preocupara algo extraordinario.

A veces, después de comer, al cerrar la noche, me decía: "Vamos á soñar, primita." Y nos dirigíamos juntos al parque.

A lo mejor se detenía bruscamente, y cogiéndome la mano, exclamaba: "¡Mira, mira qué luna tan hermosa! Pero tú no me comprendes; porque es preciso amar para sentir."

Por toda contestación me sonreía, procurando desviar las poéticas conversaciones que me entablaba.

Al fin me hizo la corte con mucha timidez, y todas las mañanas me regalaba un ramo de flores cogidas por sus propias manos.

A cada instanta me decía: "te amo," y yo seguía riéndome de sus expansiones de cariño.

Confieso que fuí culpable, porque me divertía con su ternura pueril y me mostré coqueta, seductora, como si se hubiese tratado de un hombre, cariñosa y pérfida.

¡Figúrense ustedes que mi primo no tenía entonces más que doce años! ¿Quién iba á hacer caso de su pasión? Su madre estaba enterada de todo, pero ella y yo nos habíamos olvidado de que el muchacho era un Santeze.

Durante un año se creyó correspondido en secreto, hasta que una noche en el parque se arrodilló ante mí, y besándome la falda, ex-

clamó: "¡Te amo, te amo y no puedo vivir sin tí! ¡Si me engañas, si me abandonas por otro, haré lo que mi padre! ¡Genoveva, por piedad!..."

Confieso que me turbé y que no pude ocultar una emoción profunda.

—¡Volvamos á casa!—le dije con voz temblorosa.

El chico no contestó y me siguió silencioso. Pero al subir la gradería me detuvo y repitió:

—¡Ya lo sabes! ¡Si me abandonas, me mato!

Comprendiendo al fin que había ido yo muy lejos, me mostré esquiva, y, al insistir mi primo en sus pretensiones, le contesté: "Eres demasiado grande para estas bromas y demasiado niño para un amor serio y formal."

Creí verme de este modo libre de sus arrebatos.

Al llegar el otoño le hicieron entrar en un colegio y cuando regresó al verano siguiente, estaba yo comprometida á casarme con otro.

Mi primo se hizo cargo de lo que ocurría, y durante tres días estuvo tan triste y abatido, que llegué á alarmarme muy de veras.

Al cuarto, ví al levantarme un papel deslizado bajo mi puerta, en el que leí lo siguiente: "Me has abandonado, y ya sabes lo que te he dicho.

Has ordenado mi muerte, y como no quiero ser encontrado más que por tí, ven al parque, al mismo sitio donde por última vez te dije que te amaba, y levanta los ojos."

Creí que iba á volverme loca. Me vestí á toda prisa y corrí, corrí, hasta llegar al punto designado. Alcé los ojos y ví algo que se columpiaba entre las hojas, porque hacía viento, mucho viento.

Desde aquel instante, no sé lo que hice. Debí gritar primero, desmayarme quizás, caer en tierra y luego volar hacia el castillo.

Recobré los sentidos en mi lecho, con mi madre á la cabecera.

No me atreví á ver de nuevo el cadáver de mi primo; pero pedí un mechón de sus cabellos rubios. Estos son... estos.... ahí los tienen ustedes.

La anciana se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, y repuso:

—¡Rompí mi matrimonio sin decir porqué....y desde entonces he sido siempre la viuda de aquel niño de trece años!

Después la solterona inclinó la cabeza sobre el pecho y siguió anegada en llanto por espacio de algún tiempo.

Cuando los huéspedes se retiraban á sus cuartos, uno de los cazadores, á quien la historia había emocionado profundamente, murmuró al oído de su vecino.

—¡No es por cierto una desdicha el ser sentimental hasta ese punto!

GUY DE MAUPASSANT.

Inmortal.

*

Como la creencia que en el alma anida
Y que sirve de fe;
Cual la esperanza hermosa de otra vida
Para el alma que sufre entristecida
Las torturas de inmenso padecer.

*

Como la gloria santa del creyente,
Como la religión:
Así tu nombre vivirá en mi mente,
Y tu imagen de luz eternamente
Aquí, en mi corazón!

*

Es imposible que olvidar pudiera
Tu faz angelical:
Tu figura adorable y hechicera,
Los rizos de tu suelta cabellera,
Tu lánguido mirar.

*

Es imposible que se borre un día
Del fondo de mi sér;
El eco de tu voz, tu simpatía,
Y tus ojos divinos, Blanca mía,
En que el cielo miré.

*

Al verme lejos, en la triste ausencia,
Tal vez me olvidarás;
Pero el nombre de mi ángel de inocencia
Y este amor que es la luz de mi existencia
Olvidaré?....jamás!

F. TURCIOS.

NOTAS.

Semblanzas.—En el número de hoy empezamos á publicar las de todas las hermosas de la capital. Serán plumadas rápidas que expresen siquiera pálidamente los rasgos divinales de sus perfiles esbeltos. Las señoritas Camila Bustamante, Margarita Martínez y Hortensia Zelaya, como las más jóvenes, serán distinguidas con sus siluetas en verso.

Certámen de la Belleza.—En el próximo número empezarán nuestros trabajos electorales. Como dice nuestro colega "La Regeneración" defenderemos nuestras candidatas hasta vencer ó sucumbir en la lucha. El número 6.° de "El Pensamiento" adornará su cubierta con los nombres de las adorables criaturas por quienes romperá su última lanza en gloriosa batalla campal.

Pensamientos sueltos.—

El botón de rosa que se abre á los primeros rayos del sol tiene menos frescura y pureza que el amor naciente.

***

No hay animal más abyecto que un hombre sin costumbres ni educación.

***

La soledad del desierto es menos árida que la soledad entre los hombres.

***

Divisiones de la ignorancia.—Hay tres clases de ignorancia, que son: no saber nada: saber mal lo que se sabe; y saber cosas distintas de las que se deben saber.

***

Querer convencer al vulgo con argumentos sabios es lo mismo que intentar cortar un mármol con una navaja de afeitar.

"Canje.—Hemos recibido la atenta visita del periódico semanal titulado "El Pensamiento," y después de su amena lectura, que cerramos los ojos para contemplar con los del alma sus delicados pensamientos, nos parecía ver una canastita de flores, capaz de figurar en la mesa de mármol de la más pintada dama. Con gusto correspondemos al canje, deseando á "El Pensamiento" la vida de Matusalén y los negocios de Rostchild."

De *"La Libertad."*

A Manuel María Flores.—

Bardo de las supremas "Pasionarias:"
Tu corazón que por amores gime
Estalla ardiente en esplosiones varias
Y el alma arroba en vaguedad sublime:
Tus versos son cual sollozantes arias
De un arpa de ángel que al vibrar imprime
Ansia de lo infinito, algo sin nombre
Que hace en la tierra un semidios del hombre!

J. A. D.

El cigarro.—

Si no sabía fumar! Pero esa tarde
Vió en la boca purpúrea de su amada
El cigarrillo que chispeando arde
Si lo oprimen los labios de coral:
Ella le dió un cigarro perfumado
Que apenas encendido rodó al suelo,
Causándole infinito desconsuelo
Su ignorancia en el arte de fumar.

Y pidióle el cigarro que su boca
Había acariciado dulcemente,
Y entre sus labios con ternura loca,
Con febril ansiedad lo destrozó.
Al sentir la impresión suave y ardiente
Del calor de su boca sonrosada,
Tembló de amor el alma apasionada
Y desde entonces se hizo fumador!

FRANTZ.

17 de julio de 1894.

Condiciones.

ADMINISTRADOR: Eugenio Turcios Cáceres.

Este periódico saldrá todos los sábados.

La correspondencia se dirigirá al Director, que no devuelve originales.

Suscrición mensual, 40 centavos: número suelto, un real.

No se admiten avisos.

TIPOGRAFÍA NACIONAL —TEGUCIGALPA.